

derrotas que no ha dejado de sufrir el Protestantismo, creyó la filosofía que cambiando de medios desaparecerían los obstáculos y alcanzaría un triunfo muy completo. Cambió en efecto de medios: conservó el elemento primitivo, es decir, la libertad de la razón; atacó nuestra Iglesia sin querer conservar ella ninguna; hizo á un lado los libros santos, ó para mejor decir, los combatió de mil maneras; atacó de tropel el respetable conjunto de los dogmas; y en el frenesí de su carrera destructora, no se detuvo, sino hasta arrojar á Dios del templo del universo. ¿Qué resultó de aquí? Al mundo de los protestantes, sucedió el mundo de los materialistas, el mundo de los ateos; y no habiendo ya dique alguno que contuviese el torrente intelectual, no quedó escudo tampoco para la política; y esta mina cebada con tres siglos de opiniones hizo su explosión general en la patria de Carlo-magno en 1789.

215 „Cuando una sociedad religiosa ó política, dice Bonald, separada de la constitución natural de las sociedades, ha colmado la medida del error y de la licencia, las funciones naturales del cuerpo social se turban y cesan, las relaciones naturales de las personas entre sí ceden el campo á las relaciones arbitrarias; el poder conservador de la sociedad se transforma en una tiranía débil ó violenta; la subordinación y el servicio del ministro, en una servidumbre ciega é interesada; y la obediencia del súbdito, en una esclavitud vil ó sediciosa.” (1)

216. Tan luego como estalló la revolución en

(1) *Leg. primit. disc. prel. pág. 153.*

Francia todo poder civil, es decir, conservador de los hombres y de las propiedades, cesó en el Estado; se levantó sobre toda esta nación bajo el nombre de *gobierno revolucionario*, un poder esencialmente destructor, que sometió el desorden á reglas, constituyó la opresión y destruyó *legalmente* los hombres y las cosas.” (1)

217. Ni podía ser de otra manera: sin la fuerza moral que mantiene siempre regular y justa la acción del poder público y la obediencia del pueblo, era imposible sostener el orden político; y esta fuerza moral se destruyó al contacto del materialismo, que fué la filosofía del siglo XVIII. „Al *sensualismo*, dice un escritor moderno, nada favorable á la escuela teológica, corresponde, bajo el Directorio y el Imperio, la poca fe en las cosas morales, la corrupción de las conciencias ó su bajeza servil, la conducta brutal del poder, el materialismo de las artes y el desden de la religión. Si aun se mezcla aquí cierta grandeza y una bella gloria militar, es porque aun abrigan las almas un resto de entusiasmo patriótico: es porque hai un genio, (2) que como genio y por un privilegio comun á todas las altas inteligencias, eleva y sostiene aun los espíritus mismos que oprime; es en fin porque el *sentimentalismo* mejor que el *sensualismo*, acreditado por algunos años, templó con algun bien el mal que hace el materialismo; pero por lo demás lo que domina siempre es la disposición á obrar bajo

(1) *Ibid. pág. 168, ed. de Paris de 1829.*

(2) *Napoleon.*

la influencia de las ideas físicas." (1)

218. A la vista de estas reflexiones fácil es concebir cual fué la verdadera causa de aquel trastorno tan absoluto en los principios del Derecho social y por consiguiente en la marcha de los negocios públicos. Reflexionando sobre el progreso de la Filosofía del siglo XVIII, sus relaciones con el protestantismo y su carácter distintivo y constante, se ve con la mayor claridad que todo ello trae su fatal origen del absolutismo del entendimiento y de la independencia de la razon humana. El hombre depende tanto de los sentidos, resiste con tal tenacidad á las inspiraciones de la fe, al espiritualismo de la moral evangélica, á las ideas abstractas de la Metafísica religiosa, que ha menester sin duda de someterse al influjo de los temores y esperanzas eternas, para desasir su razon de ese abismo tenebroso en que tiende á sumergirse cuando no reconoce otra guia que sus propias inspiraciones. Cuando esta se siente libre de aquel freno, cuando no obedece mas que á sí misma, comienza á descender insensiblemente desde las alturas inaccesibles á donde la habia elevado la fe, y acaba por arrastrarse juntamente con el bruto por el asqueroso fango del materialismo. Llegando á este punto el alma no tiene ya resortes, ni abriga otra creencia que el fatalismo; y desde entónces colocada en la mas triste inercia, flota al capricho de todos los vientos en el golfo vastísimo de las opiniones y de los sistemas. Si pues el cuadro que presenta para nuestro

(1) DAMIRON. *Essai sur l'histoire de la Philosophie en France, au XIX^e siècle.*

terror el siglo XVIII reconoce por causa principalísima la independencia de la razon humana, si quitada la causa cesa el efecto, y si á principios contrarios corresponden resultados opuestos; claro es que durante el siglo de que se trata no habia necesidad mas imperiosa para la filosofía, que sujetar de nuevo y dócilmente la razon á la fe, y por consiguiente, que unir así en lo especulativo de la ciencia social, como en sus prácticas aplicaciones, la razon y la revelacion, ó lo que es lo mismo, el Derecho natural con el Derecho positivo divino.

219. Mas dejando el siglo XVIII, entramos en una época nueva ya mui adelantada, pero no concluida todavía, entramos en el presente siglo. Heredero de todos los engaños, de todas las experiencias, de todas las opiniones, de todas las verdades y de todos los errores; azorado, digámoslo así, por el sangriento espectáculo de la revolucion Francesa y medroso entre todos los ecos, no afirma sus pasos aun. El movimiento general de las ideas es progresivo, pero nada uniforme; es rápido y violento, pero no está suficientemente desarrollado. En el órden religioso lo mismo que en el político y filosófico se anuncian con calor muchas ideas, teorías diferentes, doctrinas nuevas ó modificadas. Por una parte vemos el esfuerzo combinado de muchos talentos célebres para despertar el entusiasmo hácia el estudio de los dogmas y de la moral evangélica; por otra, la inercia de los espíritus en estas materias y ese letargo del alma, que se ha caracterizado tan bien con el nombre de indiferentismo, síntoma peor que la misma incredulidad: quienes fortifican las máximas del Jacobinismo; quienes destruyen la soberanía del pueblo

y el pacto social: unos combaten con calor los sistemas unitarios, atrayéndolo todo al culto de la libertad, otros consideran esta como un elemento social de primer orden, tanto mas indispensable cuanto mas se adelantan los pueblos en la vasta carrera de la civilizacion y la cultura; pero léjos de mirarla como una produccion exclusiva de los sistemas representativos, la creen mejor garantida y ordenada en las monarquías: aquí se atan los hilos rotos y dispersos de viejas tradiciones para acelerar el restablecimiento del orden social; allí se invocan principios y crian teorías ingeniosas nuevas y seductoras, para substituir el antiguo con otro capaz de ensanchar la esfera de los goces sociales: en una escuela política se quiere hallar exclusivamente en los dogmas revelados todos los resortes que dirigen la accion del poder público; en otra se conserva el Derecho natural, pero con exclusion del positivo divino; y en otras, por último, todo quiere sacarse del interes individual reducido á sistema y del cálculo estéril de la conveniencia pública, prescindiendo de la justicia inmutable y eterna que sostiene las sociedades. La filosofia de la sensacion, que prevaleció enteramente durante el siglo diez y ocho, sucumbió por último en el presente; pero no tanto que hubiese abandonado en lo absoluto sus pretensiones exageradas, y que no luche todavía por ganar terreno acá de los mares y hacer partido en las repúblicas del nuevo mundo. Entre tanto, la escuela teológica y la ecléctica se difunden por la Europa y parecen hallarse pendientes de un último fallo que el siglo no ha pronunciado todavía. De Maistre, La Menais, Bonald, Eckstein, Ballanche y San Martin en la pri-

mera, Bérard, Virey, Keratry, La Romiguière, de Byran &c.^a en la 2.^a, han producido y conservan aun cierto fermento que se hace sentir en Escocia, Inglaterra, Alemania, Italia, España y particularmente en Francia; mas como ni aun los miembros de cada partido filosófico están perfectamente acordes en los principios, cada uno propende, al parecer, á formar nueva escuela, ó cuando ménos un partido. La Menais dista mucho de Bonald, como de Maistre de Chateaubriand, aunque todos pertenecen á la escuela Teológica. El primero humilla y degrada positivamente la razon, el segundo la ennoblece y hermosea con el pensamiento divino, á quien lo refiere todo, ciencias, artes, política, costumbres; el tercero asociando todos los criterios, forma la razon con la fe y afirma esta con aquella; el último finalmente parece borrar las líneas que marcan los límites de lo religioso y político, para hacer entrar en el círculo de la Iglesia el gran cuerpo de los estados civiles. En esta divergencia de opiniones, que hallamos aun dentro de cada escuela, ¿cuál es pues la dominante? ¿á cuál llamaremos representante de esta época filosófica? ¿en dónde reunir el conjunto de caracteres distintivos que han de servirnos para manifestar el verdadero espíritu del presente siglo? Inútil empeño: mucho movimiento, pero poca determinacion; grandes y fuertes polémicas, pero ninguna decision; varios problemas que resolver, y ningun resultado práctico, seguro y universal. Mas tampoco es necesario emprender esta laboriosa tarea, para deducir del estado actual de las doctrinas la consecuencia que pretendemos; y tanto ménos, cuanto que el mismo des-

acuerdo de las opiniones, y las ideas generales que tenemos de varios cambios políticos, bastan para comprender que ahora es mas estrecha que nunca la necesidad de unir el Derecho natural con el positivo divino en la exposicion filosófica de la Jurisprudencia universal. Mas á fin proceder con algun método, manifestaremos que esta necesidad está indicada: primero, por la decadencia de la filosofía del Siglo 18; segundo, por el restablecimiento del orden social en Francia; tercero, por los puntos de contacto que hai en las dos escuelas dominantes, la Teológica y la Ecléctica; cuarto por el desacuerdo en que se hallan los escritores mas distinguidos de la época; quinto y último por el estado actual del sistema de educacion.

220. Para no consultar la historia filosófica y política de cada pais, cosa que nos distraeria demasiado y que no parece necesaria por otra parte, nos limitaremos á Francia. Esta nacion durante el siglo diez y ocho y diez y nueve puede considerarse como la depositaria universal de todas las experiencias, de todos los desengaños, y tambien como la que lleva una especie de representacion en la ciencia política y en la filosofía de la Europa. Ella reprodujo á Locke en Condillac y su escuela; y nada puede buscarse sobre esto en Alemania, Inglaterra y demas pueblos cultos de Europa, que no se nos presente en Francia. Por lo demas, debiendo considerar la filosofía mui particularmente bajo su aspecto político, nada mas á propósito para instruirnos, que los últimos resultados de esa célebre revolucion, que como dice un escritor moderno, „ha excedido con mucho á todos

los temores y á todas las esperanzas. Conjunto inaudito de debilidad y de fuerza, de oprobio y de grandeza, de delirio y de razon, de crímenes y de virtudes, ella, con la cabeza en los cielos y los piés en los abismos, ha tocado los dos puntos extremos de la línea que ha sido dado al hombre recorrer, y ofrecido á la Europa en todos géneros escándalos ó modelos que nunca serán excedidos. "(1)

221. Es notorio que la filosofía de la sensacion prevaleció en Francia durante el siglo XVIII; que á ella se referia de ordinario toda la ciencia política; que en proporcion de sus adelantos, ó para mejor decir, de sus triunfos, se iban disminuyendo las antiguas convicciones, la moral pública y la misma creencia; que se excluyó el dogma religioso del pacto social; y que arreglados á este pacto los destinos de la Francia en concepto de los principales agentes de aquella revolucion, llegaron las cosas hasta el punto de arruinar igualmente los principios que sostenian las sociedades religiosa y política, y por tanto estas mismas sociedades. Tambien es constante que al cesar de los grandes estragos, y cuando ya fué preciso convertir las fuerzas todas al restablecimiento del orden, se reunieron todos los partidarios mas distinguidos de la escuela sensualista con el fin de reorganizar su partido filosófico y ponerlo á la cabeza del siglo XIX. Pero no discurrió mucho tiempo sin que la política volviese sobre sus pasos, comprendiese que el poder de aquella filosofía era esencialmente destructor y buscase en el espiritualismo unos resor-

(1) BONALD. *Leg. prim. disc. prel.*

tes que no podía contener en sí misma la filosofía de la sensación. Esta, que se había reproducido toda en la Fisiología y en la Ideología, como lo manifiestan las obras de Cabanis y Destutt de Tracy cayó luego en tanto descrédito, que ya en los días del Imperio hacían el papel más desairado los llamados *Ideologistas*. Fué entonces la época en que empezaron á estimarse las ideas de Madama de Stael y de Bonald; en que Chateaubriand, interesando sobre manera la imaginación y el sentimiento á favor del cristianismo y sus dogmas, preparó los triunfos que otros filósofos, más metafísicos digámoslo así, reportaron sobre el entendimiento y la razón pública, lastimosamente pervertida por la Filosofía materialista del siglo pasado. Durante él se habían visto con cierto desden orgulloso los escritos metafísicos del tiempo de Luis el grande; poco ó nada se contaba con ellos para la política, y fuéron estériles en esa época de delirio filosófico las concepciones eminentes de Bossuet y Fenelon. Pero el hecho es que estos grandes nombres empezaron á recibir los primeros homenajes entre los filósofos espiritualistas del presente siglo, y es muy digno de notarse que Domat y el Chanciller d'Aguesseau recibieron los más grandes honores entre aquellos hombres eminentes que fuéron llamados por el gobierno á formar los modernos códigos de Francia. A medida que el tiempo se adelantaba iban adquiriendo más vigor y mayor incremento de autoridad las escuelas antisensualistas: el espiritualismo ganó á todas las clases principales, á la juventud sobre todo, influía proporcionalmente en la política de la corte y en las ideas del pueblo,

disipó aquella preocupación, en que se hallaban muchos, de que no era posible sin renunciar á la libertad profesar otra filosofía que la del siglo XVIII; y dado ya este paso gigantesco, se anunciaron á las generaciones presentes, con esperanza de mejor éxito, esas diversas teorías que tienden á estrechar indisolublemente las ciencias metafísicas, morales y políticas. Combatida bajo esta triple relación la Filosofía del siglo XVIII, fué perdiendo terreno insensiblemente, fué relegándose poco á poco de las clases más influentes: perdió su favoritismo entre los gobiernos; descubrió su bajeza entre los sabios; nada tuvo que oponer á las ideas elevadas, á los sentimientos nobles y á las tendencias generosas que comunicaba incesantemente el espiritualismo; y esto bastó para prepararle una ruinoso decadencia en la parte más culta de la Europa.

222. Hemos referido los hechos y unos hechos que no han menester de prueba; pues además de ser notorios, se han verificado en nuestra época; y sobrado recientes para ser desmentidos, pueden citarse con entera seguridad. Reasumiendo todavía esta ligera exposición, todo queda reducido á dos hechos principales: primero, la filosofía sensualista tuvo la mayor parte en los estragos de la revolución francesa; segundo, la filosofía teológica ó espiritualista se asoció con la política en la grande obra de la restauración social.

223. ¿Y por qué sucedió lo primero? Porque la filosofía sensualista crió un principio falso, y es, que la sociedad puede reorganizarse y conservarse sin otro recurso que la razón, sin otros medios que

los que dictan las circunstancias presentes, sin otros estímulos que una especie de bienestar material, y sin otra sancion que el temor de los males temporales y físicos y la esperanza de los goces temporales y físicos. Que la filosofía sensualista adoptó sin restriccion ese principio, es una verdad que se comprende á la simple lectura de sus escritores, á la sola vista del influjo pernicioso de sus sistemas en la creencia general y de la relacion perfectísima que no dejó de advertirse nunca entre las doctrinas filosóficas, las máximas políticas y el espíritu y los estragos de la revolucion. Excluidas de la Ideología las altas ideas de la Metafísica religiosa, pervertido el criterio hasta combatir descaradamente los dogmas revelados, cortadas en lo absoluto las relaciones íntimas que median entre la eternidad y el tiempo, despreciada y ridiculizada como un fantasma quimérico la ciencia de Dios, de sus atributos y de su lei, desprovista la obediencia del pueblo y despojada la accion del gobierno de la garantía recíproca que tienen ambas en el código del cristianismo, todo quedó reducido á los recursos humanos, y el hombre y sus delirios fueron todo, y Dios y su lei no fueron nada: el hombre quedó solo con sus pasiones, la sociedad sola con sus elementos de ruina; y herido en lo más profundo de sus cimientos el edificio de la sociedad, empezó á bambolear, y sacudido incesantemente sin defensa, tregua ni reparo, cayó por último con estrépito, desoló á Francia, aterró á la Europa y escarmentó al mundo.

224. ¿Cuál debió ser pues en tales circunstancias la necesidad mas imperiosa del siglo? La respuesta

es mui obvia: llamar la razon á sus antiguos senderos, volver al dogma, apelar á la fe, restablecer el imperio de la creencia, buscar en una region mas alta los principios del orden social; en una palabra, echar mano de la revelacion positiva. Para deducir esta consecuencia, nos basta saber que á causas contrarias han de seguirse precisamente efectos tambien contrarios; y por lo mismo, que si la filosofía de la materia trajo por último la completa desorganizacion de la sociedad, la filosofía del espíritu debia naturalmente acelerar el restablecimiento del orden. Mas para mayor seguridad en este concepto, la experiencia de lo práctico viene á confirmar las deducciones de lo especulativo: pues de hecho, la desorganizacion social que experimentó la Francia vino en consecuencia de la anarquía intelectual que produjo la filosofía del pasado siglo, la decadencia de esta filosofía progresaba en la misma proporcion con que se iba reorganizando la Francia, y esta reorganizacion iba consolidándose mas y mas á medida que los sabios y el pueblo traian sus convicciones al centro de unidad que ha fijado invariablemente la fe.

225. ¿Se nos acusará por ventura de sofistas, cuando atribuimos á la filosofía del siglo 18 una influencia directísima y mui eficaz en los desastres de la revolucion francesa y cuando creemos consolidada la restauracion por el restablecimiento de los principios revelados en el Derecho público frances? Cuando las cosas no tienen una conexion esencial entre sí, sosténganse en buena hora, que es un vicio de raciocinio atribuir á ciertos antecedentes algunos con-

siguientes; pero cuando aquellas relaciones son esenciales, unas cosas no vienen despues de otras, sino porque son engendradas por ellas. Recuérdese que la condicion de cada pueblo se halla siempre en razon directa de las doctrinas que prevalecen; que cuando estas son uniformes, hai unidad en las convicciones públicas, y que como siempre se dirige en sentido de estas la accion imponente de las masas, puede y debe decirse con toda seguridad que las grandes revoluciones políticas son un resultado práctico del largo aprendizaje que han hecho los pueblos en las escuelas filosóficas. Aislar de los hechos las doctrinas es considerar á los pueblos en una profunda barbarie, es no contar para nada con la influencia de la razon pública ó privada en las acciones diversas del individuo y de la sociedad. Si pues á la filosofía del siglo XVIII fué consiguiente la desorganizacion social, si el restablecimiento del orden se consolidaba con el progreso y generalizacion de una filosofía contraria; si aquella declinaba y decaía en razon directísima de la reorganizacion social, si la filosofía que destruye no cuenta para nada con el dogma y con la creencia, y la filosofía que edifica busca su primer apoyo en la revelacion divina; nos creemos bien apoyados al decir que la necesidad de unir el Derecho natural con el positivo divino, principalmente en el presente siglo, está indicada de una manera mui inequívoca por la decadencia de la filosofía del siglo XVIII y por el restablecimiento del orden social en Francia.

226. Habiéndose levantado las escuelas espiritualistas casi sobre las ruinas de las escuelas materia-

listas, aquellas han venido á ser al presente un objeto de revision y de exámen: por que siendo ellas las que forman el gran cuerpo de las doctrinas reinantes, siendo estas las que determinan la conducta social del presente siglo, y siendo esta conducta y los resultados prácticos que produce un dato casi seguro para descubrir las necesidades científicas de la época, claro es que deben hacerse algunas observaciones acerca de los filósofos espiritualistas, para conocer cuál podria ser el sistema filosófico y político que mejor contribuyese á rectificar la marcha de la sociedad presente. Se sabe mui bien que hai dos escuelas dominantes, y son la Teológica y la Ecléctica, que ambas tienen de comun el ser espiritualistas, el aceptar la fe, el reconocer su influencia en la perfeccion de los conocimientos metafísicos, morales y políticos; pero que en cambio de estos puntos de contacto, tienen una y otra, y aun cada una de por sí en sus muchas subdivisiones, varios puntos de diferencia en materias y procedimientos mui esenciales. Si todas las escuelas que prevalecen tuvieran una unidad absoluta, bastaria indicar la doctrina comun, para conocer el espíritu y descubrir las necesidades del siglo; pero no siendo así, preciso es examinarlas bajo sus relaciones comunes y sus principios constitutivos.

227. Hablando de las primeras, podemos afirmar que consisten: primero, en admitir un fondo comun de espiritualismo; segundo, en llamar los espíritus hácia investigaciones mas elevadas que las que provoca el sistema de la sensacion; tercero, en considerar al hombre y á la sociedad bajo un aspecto mas noble

y con direccion á un destino mas elevado, que la Filosofía sensualista: en suma, la escuela Ecléctica no proscribela creencia, pero tampoco la coloca en el rango que merecê; y la escuela Teológica no excluye la razon, pero quiere sujetarla mas allá de lo que exige un sano criterio. De aquí se infiere que si la primera colocase á la fe en el rango que le corresponde, y la segunda dejase á la razon la influencia que debe tener; ambas caminarían de acuerdo y darían á los conocimientos una direccion mas regular y constante; y como este sistema, aplicado á la ciencia social, no es otra cosa que la union íntima del Derecho natural con el positivo divino, hemos afirmado que tal union está indicada igualmente por los puntos de contacto y el desacuerdo recíproco que se nota entre la escuela Teológica y Ecléctica. Para confirmar estas ideas hasta el punto que se desea, basta ojear las obras mas notables de los escritores de ambas escuelas. No descenderemos á este particular exámen, porque seria extender demasiado la presente disertacion, en que nos hemos propuesto ménos el seguir paso á paso la marcha de los últimos conocimientos, que llamar la atencion de los lectores hácia los hechos y escritos mas notables, cuya simple vista basta para reconocer hasta que punto es necesario en la sociedad actual uniformar las doctrinas sobre la segura basa que proporciona la union estrecha del Derecho natural con el positivo divino.

228. Pero hai una observacion que hacer á este propósito: á pesar de los progresos que han hecho hasta el día las escuelas mencionadas, no puede decirse en todo rigor, que deba juzgarse por ellas el

estado actual de las opiniones y el verdadero carácter de los conocimientos de la época. Las doctrinas eclécticas y teológicas no han podido fijar el espíritu del siglo, no penetran aun á las masas, no tienen partidarios sinceros entre los escritores particulares, que son muchos, y se hallan apenas conocidas entre la inmensa multitud de esos hombres que hablan y discurren sobre todo y que no dejan de influir en la opinion del pueblo. Por esta razon hemos dicho hace poco, que entre la estupenda variedad de opiniones y sistemas que se vierten por todas partes es en extremo dificultoso, por no decir imposible, señalar las persuaciones y creencias dominantes en esta época. Los grandes escritores que cuentan aquellas escuelas han pretendido segun parece llamar á ciertos puntos fijos el espíritu versátil é inconstante de la época. Sin duda que han adelantado mucho en la realizacion de este designio, y tal vez llegará un tiempo en que se realice de facto; pero ese tiempo no es el presente. Ellos han atesorado grandes riquezas intelectuales, han distribuido bastante de ellas y han dado si se quiere pasos gigantescos; pero el hecho es que la mayoría de los escritores, de los políticos que se limitan á lo práctico, y de la gente culta que aunque desprovista de principios elementales, discurre por hábito, no pueden distribuirse entre esas dos escuelas; y ántes bien, presentan una masa confusa en que nada es tan difícil como descubrir las ideas principales, los puntos de contacto y la opinion dominante. El indiferentismo religioso ha traído consigo el indiferentismo político, y ámbas cosas una especie de anarquía pa-

siva, resultado preciso de la inaccion calculada que se nota principalmente en nuestros dias.

229. Oigamos á un escritor de la época presente que se propuso examinar el estado actual de la sociedad, y á la vista de este exámen ha creído descubrirlo en la diversidad infinita de las creencias y en la libertad extrema de las opiniones. „Todo en el dia, dice M. Laurentie, se reduce á opiniones: cada hombre tiene la suya sobre la religion, sobre la moral, sobre la política, sobre las cuestiones mas comunes, como sobre las cuestiones mas elevadas. Y estas opiniones no son los resultados ni de un largo estudio, ni de alguna premeditacion filosófica: no se refieren ellas á algun sistema universal penosamente construido; porque cada uno adopta á la ventura una creencia ánte todas cosas: esto es apénas una eleccion, ó mas bien, ¿lo diré? una especie de lotería moral: sale por suerte una opinion, y se la toma como hubiera podido recibirse una opinion contraria: no se estudia, ni se estudiará nunca lo que ella tiene de falso, lo que tiene de verdadero, lo que tiene de probable. Mas se la guarda por hábito, se la cambiaria voluntariamente por cálculo, si no se quisiera parecer constante en las opiniones: la indiferencia es quien las ha producido; la vanidad, quien las conserva por algunos dias. Pero el sentimiento, la razon, el deber, todo esto es extraño á lo que se llama opinion; y entre los mismos hombres que han sido bastantes dichosos para odoptar las que son racionales, ¿cuán pocos, es preciso decirlo, cuán pocos se hallarán, que permanezcan adheridos á ellas por algunos de esos motivos poderosos y sobre humanos, que en los

tiempos de fe ligan las conciencias privadas á la conciencia universal de la sociedad. (1).

230. M. Laurentie muestra en seguida, segun advierte La Mennais, con la mas grande evidencia que cuando ya no existen verdades universalmente reconocidas, tampoco puede haber justicia universalmente confesada. Esto es lo que nos sucede: la sociedad ha perdido al mismo tiempo su razon y su conciencia. ¿Qué le resta? Nada fijo, nada vital, nada de lo que Dios habia puesto en ella. Los hombres han sustituido á esto instituciones impotentes; porque el hombre no tiene fuerza contra el hombre, y aun cuando le domina, no le somete. (2)

231. ¿Qué consecuencia inferir de estas observaciones que aunque se reciban por algunos como exageradas, conservan indisputablemente un gran fondo de verdad, que no podria negarse sin cerrar los ojos á lo que pasa en nuestros dias? Este estado de cosas no puede permanecer, es por su naturaleza transitorio; y por lo mismo debe llegar un tiempo en que se uniformen las opiniones en cualquiera sentido, para provecho ó para ruina de la sociedad. ¿Mas de dónde viene esta extrema versatilidad en los espíritus? Sin duda alguna de la falta de eficacia en las doctrinas que pudieran prevalecer. ¿Qué medios para darles eficacia? volver sobre los dogmas, asirse de su infalibilidad, dejar á la razon su criterio imprescriptible y aplicarse á deducir consecuencias exactas de principios universalmente profesados. Adoptar este

(1) *De la justice au dix-neuvieme siecle.*

(2) *Seconds mélanges.*